

cristo la primera y la maestra de todas las demas. «¿Con que la Silla Apostólica, dice (1), habrá ignorado por espacio de mas de mil años trascurridos desde que padeció muerte nuestro Redentor, cómo debe hacerse la memoria del sacrificio de esta víctima adorable? Descubre despues de esto los errores, las negligencias y muchas faltas inescusables y graves de que se podia acusar á los griegos con mas razon que á los latinos, dándoles en cara especialmente con el abuso de conferir la dignidad episcopal á los eunucos; «lo cual ha dado motivo, dice, para publicar que habia sido colocada una muger en la Silla de Constantinopla.» Notemos aqui de paso el ningun aprecio que debe hacerse de la historia de la Papisa Juana, que sus inventores colocan en una época muy anterior al Papa Leon IX. «En cuanto á los usos indiferentes, continúa el Pontífice, y á las varias costumbres recibidas en diversas iglesias, sería una cosa irracional y muy Guisconesca separar de la comunión á alguna contra con este vano pretexto. Dando de con un p... la Iglesia romana ejemplo de conlia en mu... cia y de caridad, no solo permite dos nacio... griegos sigan en Roma sus usos imitar el... ares, sino que los exhorta á observar los... religiosamente; mientras que en recor... antinopla se cierran las iglesias á los ner... latinos, segun ha llegado á nuestra noticia. Nosotros sabemos que lo que perjudica á la salvacion no es la diversidad de costumbres, sino la falta de fé y de caridad.»

Entretanto el emperador Constantino Monómaco, necesitando al Papa y al emperador Enrique contra los normandos, escribió al Sumo Pontífice á fin de restablecer la buena armonía entre la iglesia griega y la latina, y obligó al patriarca Miguel á que escribiese con el mismo objeto. El Papa que

(1) Leo IX, Epist. 5.

ansiaba vivamente la union, envió tres legados á Constantinopla (1054), que eran el cardenal Humberto, Pedro obispo de Amalfi, y Federico, diácono y cancelario de la Iglesia romana, pariente del Papa y del emperador Enrique, y que despues fué Pontífice con el nombre de Esteban IX. Llevaban estos legados letras pontificias para el emperador y para el patriarca de Constantinopla, y en ellas no se daba á este último mas que el título de arzobispo. Dábale en cara el Santo Pontífice, como una usurpacion insensata, el dictado que se atribuía de patriarca universal; dictado, dice, que no quiso recibir jamás San Pedro ni ningun sucesor suyo (1). En la carta al emperador, ensalza el celo de este príncipe por haber sido el primero que propuso la concordia y la reunion (2). Despues trata del asunto de los normandos, y nos enseña que tomó las armas contra ellos, no para darles muerte, sino para reducir por el temor de los hombres á los que se mostraban inaccesibles al temor de Dios, circunstancia que conviene notar y que justifica la conducta de este santo Papa contra ellos; que mientras procuraba atraerlos de nuevo á los principios de la Religion por medio de exhortaciones paternales, y cuando ellos le daban mil seguridades de su obediencia con todo género de promesas, habian investido á los de su comitiva cuando menos era de esperar.

Cuando el santo Pontífice escribió estas cartas estaba todavía en poder de los normandos, á quienes edificó y confundió en medio de sus triunfos con el continuo espectáculo que les ofrecia de la austeridad y santidad de su vida. Dormía en el suelo encima de un simple tapiz, con una piedra por cabecera y con un cilicio pegado á la carne. Permanecía echado muy poco tiempo: reza-

(1) Epist. 6.

(2) Ep. 7.

ba todas las noches el Salterio, y hacia un sinnúmero de genuflexiones. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y volvía á rezar el salterio con una infinidad de oraciones (1). Eran inmensas sus limosnas; no consintió jamás que se retirase desconsolado ningun pobre de cuantos se le presentaban. Desde el fatal combate de sus tropas con las de los normandos, pareció apoderarse de él una tristeza mortal, y cayó despues en un abatimiento para el que no bastaron todos los recursos del arte. Volvió sin embargo á Roma á pesar de la enfermedad que padecia; pero apenas estuvo allí algunos dias, cuando conociendo que sus fuerzas estaban del todo consumidas, aunque solo tenia cincuenta y dos años de edad, hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para recibir la Estremauncion y despues el Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor. Murió á 19 de abril de 1054, el año sexto de su pontificado, cuya dignidad estuvo despues vacante cerca de un año. Habia obrado muchos milagros durante su vida, y acontecieron muchos mas en su sepulcro. La Iglesia honra su memoria el dia de su muerte.

Entretanto los legados llegaron felizmente á Constantinopla, y los recibió el emperador con demostraciones muy honoríficas (2). Mientras permaneció en aquella capital Humberto, que era el gefe de la legacion, dió por escrito una respuesta estensa y sólida á la carta del patriarca Miguel y de Leon de Acrida contra los latinos. La comunicó al punto al emperador, que quedó muy prendado de ella, mandando traducirla en griego y publicarla por todas partes. Tambien contestó al tratado del monge Nicetas, llamado por otro nombre Pectorato, que se reducía con corta diferencia á los mismos

puntos que el escrito de Miguel Cerulario; aunque además acusaba en él Nicetas á los latinos de que quebrantaban el ayuno de cuaresma, celebrando misa todos los dias antes de la hora de nona, pues en semejantes dias solo celebraban los griegos la misa de los presantificados á la hora de nona y sin consagrar, como lo verifican todavía. Habiendo demostrado el sábio cardenal la frivolidad y ridiculez de estas objeciones, hace ver que los latinos observaban la cuaresma mucho mejor que aquellos orientales, que deteniéndose en unas bagatelas despreciables, solian faltar de todo punto á la ley del ayuno, llevando á la iglesia legumbres ú otros manjares que comian públicamente. Tambien mandó el emperador que tradujesen este segundo tratado de Humberto.

No contento con esta providencia, fué en persona con los legados y con un gran número de cortesanos al monasterio de Estudio del que era monge Nicetas, mandó entregar su libro á las llamas en presencia de todos, y obligó al autor á anatematizarle con todos los osados que negasen la primacía de la Iglesia romana, ó reprendiesen un solo punto de su fé siempre ortodoxa. Parece que Nicetas se convirtió con sinceridad, pues al otro dia fué por su propia voluntad á buscar á los legados en su palacio, propuso algunas dificultades, y despues de haber recibido su solucion, volvió á condenar todo lo que habia dicho y escrito en perjuicio de la Santa Sede; de suerte que no solo le admitieron los legados á su comunión, sino que se valieron de él útilmente para la comision que llevaban, distinguiéndole con su confianza.

No aconteció así con el artificioso patriarca. Como la especie de satisfaccion que habia dado al Sumo Pontífice, no tenía mas fundamento que el deseo de complacer á Constantino, y quizá estaba de acuerdo con el emperador de una nación, cuya rectitud,

(1) Vit. cap. 12.

(2) Baron. *juvta cod. Vatican.*

B. del C., tomo XVIII. V.—HISTORIA ECLESIASTICA—Tomo III.

por mas alarde que se haga de ella, deja siempre alguna sospecha y desconfianza, lejos de retractarse como Nicetas, se negó siempre á hablar y á ver á los legados, tratándolos de excomulgados. Pasaron estos á Santa Sofia el sábado 16 de julio, cuando estaba ya el clero preparado para celebrar la misa, se quejaron de la obstinacion cismática del patriarca Miguel, pusieron en el altar mayor una sentencia de excomunion, y despues salieron sacudiendo, segun el Evangelio, el polvo de sus pies. Hecho esto, dieron á las iglesias latinas de Constantinopla los consejos que tuvieron por convenientes, despidiérouse del emperador y emprendieron su viage á Roma llevando muchos regalos para San Pedro y tambien para San Benito de Monte-Casino.

Dos dias despues, cuando estaban ya en Silimbria, los llamó el emperador á instancias del patriarca, que ofrecia por último conferenciar con ellos y proceder á la reunion. Pero el pérfido cismático, bajo el pretexto de una conferencia pública que habia pedido, queria hacer morir á los legados á manos del pueblo, persuadiéndole que habian fulminado la excomunion contra todos los griegos, y que pretendian sujetarlos á los latinos como esclavos. El emperador, que conocia á su patriarca, no quiso que se celebrase conferencia ni Concilio sin su asistencia personal; y despues de haber comprobado sus sospechas y estorbado el designio del cismático, mandó al instante que volviesen á salir los legados. Miguel Cerulario, irritado al ver frustrado su proyecto, escitó una sedicion contra el emperador, acusándole de que procedia de acuerdo con los latinos para oprimir la libertad de los griegos; y tomó este asunto un aspecto tan sério, que el príncipe se vió reducido á poner en manos del patriarca los intérpretes de los legados que no habian salido aún de Constantinopla. Toda la

venganza que tomó entonces de Cerulario, hombre temible por el gran número de cismáticos, se redujo á quitar los empleos á los parientes y amigos de este prelado revoltoso y alejarlos de palacio. La muerte de Constantino, que anticiparon sus desórdenes, y que acaeció á últimos de este año 1054, no permitió á este emperador castigar con mas severidad. Habia muerto algun tiempo antes la emperatriz Zoe, por lo que subió al trono segunda vez su hermana Teodora, y fué reconocida por única soberana en todo el imperio. Aunque supo hacer este segundo reinado temible á las potencias estrangeras y amable á sus propios vasallos, tuvo siempre gran temor de que el patriarca sedicioso intrigase contra ella, como lo habia hecho contra Constantino, y asi es que Miguel Cerulario tuvo en tiempo de esta emperatriz todo el poder necesario para llevar á cabo lo que tan bien preparado habia dejado Focio.

No se contentó con espedir contra los legados de la Santa Sede un decreto de anatema aprobado por catorce arzobispos, y con esparcir el cisma por todos los medios posibles en el imperio de Oriente, cuya estension era ya bastante limitada, sino que quiso tambien que le adoptasen las demas iglesias patriarcales, las que al principio se resistieron á romper abiertamente con la Silla del príncipe de los Apóstoles. Pedro, patriarca de Antioquia, contestó á estas sollicitaciones de un modo conforme á su primera conducta, porque al tomar posesion del patriarcado en el año anterior, pidió la comunion del Papa Leon IX, y confesó públicamente la primacia de la Iglesia romana. Hizo presente al agente de la discordia que la mayor parte de sus quejas contra los latinos estaban reducidas á unos usos indiferentes; que los griegos por su parte tenian tambien otras prácticas muy particulares; que en los cargos mas serios que se hacian á

los occidentales se debia considerar la buena intencion, y que mientras no peligraba la fé, era necesario temer ante todas cosas el rompimiento de la unidad y de la caridad fraternal. Observó asimismo en las cartas de Miguel muchos rasgos groseros de ignorancia ó de mala fé; como, por ejemplo, la imputacion hecha á los latinos de que comian sangre y carne sofocada, siendo así que en Occidente se abstendian todavia de estos manjares del mismo modo que en Oriente; que no honraban las reliquias y las santas imágenes, siendo así que el patriarca mismo de Antioquia confiesa que veia él mismo á los peregrinos francos rendirlas un culto piadoso; y en fin, el anacronismo relativo á los dipticos de Constantinopla y al Papa Vigilio, de quien el ignorante y fogoso Miguel Jecia que habia sido borrado de ellos por no haber querido presentarse en el sexto concilio, siendo así que este se habia celebrado un siglo despues de la muerte de este Papa. «Considerad, continua-

ba Pedro de Antioquia, que de la division en tre nuestras iglesias y la gran Silla apostólica han dimanado todas las desgracias: que por esta causa los pueblos están llenos de inquietudes y conmociones, las ciudades y las provincias desoladas, y nuestras armas no prosperan en parte alguna.» Parece que el artículo de la procesion del Espíritu Santo era el único que disonaba á este patriarca, como tambien á la mayor parte de los orientales, sin embargo de que segun la carta de San Tarasio de Constantinopla, habian confesado en el segundo Concilio de Nicea que la tercera Persona de la Trinidad procedia del Padre por el Hijo. Como quiera que sea, estos ligeros orientales fueron debilitando los vínculos de su union con la Silla de San Pedro, borrarón de sus dipticos á los Romanos Pontífices, y se confundieron muy en breve con el partido cismático de Cerulario.

LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde la consumacion del cisma de los griegos en el año 1054, hasta el Pontificado de San Gregorio VII en el de 1073.

LA circunstancia de carecer de Pastor por largo tiempo la Santa Sede despues de la muerte de Leon IX, dió oportunidad á Miguel Cerulario para estender por Oriente y consolidar á su placer el cisma de los griegos. La corta duracion de la mayor parte de los pontificados hasta el de San Gregorio VII, los antipapas que se levantaron en este intervalo y otras muchas dificultades

domésticas, estorbaron á estos Pontífices seguir ocupándose en un asunto que exigia por otra parte mucha habilidad y tacto. Hildebrando, que por su mucha virtud y santidad estaba ya muy acreditado antes de subir á la Silla de San Pedro, tenia sin duda alguna bastante ingenio y valor para las mayores empresas; pero los desórdenes de Occidente apenas le dejaban tiempo para